

PRESBITEROS AL SERVICIO DE LA FE Y LA EVANGELIZACION.

**Vicente Vide. Presbítero diocesano de la diócesis de Bilbao.
Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto.**

Hace dos años en octubre de 2010 en su carta a los seminaristas el papa Benedicto XVI les decía:

“Quien quiera ser sacerdote debe ser sobre todo un “hombre de Dios”, como lo describe San Pablo. Para nosotros, Dios no es una hipótesis lejana. (...) Dios se ha manifestado en Jesucristo. (...) Por eso lo más importante en el camino hacia el sacerdocio, y durante toda la vida sacerdotal, es la relación personal con Dios en Jesucristo. El sacerdote no es el administrador de una asociación, que intenta mantenerla e incrementar el número de sus miembros. Es el mensajero de Dios entre los hombres. Quiere llevarlos a Dios, y que así crezca la comunión entre ellos”¹

El sacerdote, un hombre de fe

Lo más importante en un cura es que sea hombre de fe, que se crea lo que dice y hace, “que se lo crea de verdad”; esto es lo central, y todo lo demás que también es importante, es secundario: tradicional/progresista; piadoso/social; etc. Lo central es que sea hombre de fe, que pueda decir como San Pablo: “Sé de quién me he fiado”, “Vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”, “En Dios pongo mi esperanza y confío en su palabra”.

Pero, ¿qué es ser un hombre, una persona de fe (antes se decía: “un hombre de Dios”) La primera carta de San Juan lo resume así: “Nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene”.

La fe se presenta como el fundamento de una existencia vivida desde el amor. Quien ha creído en la verdad de Dios y de su proyecto de salvación compartirá su existencia filial y el vocativo del amor. La fe es fiarse de aquel que ha venido en una carne semejante a la nuestra, es apoyarse en él y en su palabra; es ir hacia él como hacia la fuente de la vida y su futuro. La fe es mucho más que las creencias, aun cuando aquella engendre creencias. Los judíos, en nombre de sus creencias en Dios, se hicieron incrédulos desde la perspectiva del evangelio. La Carta a los Hebreos dice que los creyentes son los que tienen los ojos fijos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe, el cual animado por el gozo que le esperaba, soportó sin acobardarse la cruz y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios (*Heb 12, 1-4*)

A menudo se habla de creyentes y no creyentes pero en realidad todas las personas creemos en algo o en alguien. El término “no creyente”, usado muchas veces para referirse a los no cristianos, no es del todo adecuado por varias razones. La primera de ellas porque no es un término preciso, ya que las personas no cristianas también tienen sus creencias; la segunda, porque es un término relativo, ya que para un cristiano pueden ser “no creyentes” los no cristianos pero para un musulmán, para un judío o para personas de otras religiones los cristianos podríamos ser considerados como “no creyentes” y tercera, porque es un término negativo con el consiguiente reduccionismo que ello comporta. Recordemos que en la Iglesia primitiva el término preferido era el de “gentiles”. Por eso el cardenal Ravasi en el Atrio de los gentiles en Barcelona, en mayo

¹BENEDICTO XVI.: *Carta a los seminaristas tras la clausura del Año sacerdotal*, 18 de octubre de 2010, n.1.

de 2012, decía que era preciso encontrar un término más adecuado para referirnos a las personas no cristianas, un término que fuera de algún modo equivalente al de “gentiles”.

Algo parecido sucede con el término “alejados” que se emplea frecuentemente para referirse a personas que han abandonado la fe o la práctica cristiana. Pero, ¿no podríamos decir que también los cristianos nos estamos alejando del mundo de los trabajadores o del mundo de la cultura o del mundo de los jóvenes? Recordemos que muchos de estos colectivos nos perciben a los cristianos como alejados de sus entornos.

1. ¿Qué es tener fe?

A mí no me gusta esta expresión: “No tiene fe” o “tiene fe” o “ha perdido la fe”. La fe no se tiene (se tienen coches, se tiene una casa, se tiene dinero, ojalá prontamente puedan decir muchas personas: “por fin tengo trabajo”, etc) La fe no se tiene, es al revés: la fe nos tiene, nos engancha, atrae, seduce, mueve y orienta en la vida. No me parece muy propio decir: “se pierde la fe”, como quien pierde las llaves. Sería más adecuado decir: “se es de fe”, “es una persona de fe”. Una persona de fe cristiana es aquella que pone a Jesucristo, su proyecto de vida y su forma de vida en función de Jesucristo, es aquella cuyo centro vital es Jesucristo.

La palabra “creer” y lo que significa es compleja y polivalente. La fe, al igual que la creencia constituye una determinada forma de existencia, es la existencia en su dimensión fiduciaria y fedataria. La fe, lejos de ser un modo deficiente de saber o un modo prepotente y absoluto de conocer, es una dimensión originaria y primigenia del ser humano. En efecto, una de las características de la existencia humana es precisamente su estructura de confianza básica, como ya señalaba Ortega y Gasset afirmando en su obra *Ideas y creencias* que el ser humano es, por naturaleza, creyente².

En las creencias vivimos, nos movemos y existimos.

El ser humano vive en un marco de creencias y a partir de ellas configura su existencia. Mis creencias y mis dudas pertenecen tan constitutivamente a lo que yo soy como el hecho de ser corpóreo. Soy mis creencias y mis dudas, soy lo que creo ser porque para ser hay que creer. En las situaciones decisivas de la vida lo que verdaderamente está en juego es si y cómo nuestra vida, como totalidad, llegará a ser un logro; si conseguiremos vivir con sentido o si fracasaremos al final. Cuando se trata de las cuestiones decisivas de la vida, del sentido, de la esperanza o desesperanza, entonces cada uno a su modo cree. La fe es así una opción fundamental. Podría ser definida la fe como una co-implicación fiduciaria con lo primordial de la existencia, un primigenio fiarse, en el fondo, del trasfondo último de lo real, parafraseando a P. Tillich.

J.H. Newman distingue entre “asentimiento” e “inferencia racional”. La fe religiosa es propiamente un asentimiento, no una inferencia. El asentimiento es una aceptación incondicional. Distingue también entre “asentimiento nocional” y “asentimiento real”. El nocional es el prestado a proposiciones cuyos términos son representaciones o ideas (por ejemplo, creo que las plantas son seres vivos), mientras que el real es el que se da realidades a las que estamos existencialmente religados (creo que esta mujer es mi madre)

También puede haber fe sin religión. Ya decía R. Aron que no hay fe solamente cuando se adora a una divinidad sino también cuando se ponen todas las fuerzas del

² Cfr. ORTEGA Y GASSET, J.: *Ideas y creencias*, Espasa Calpe, Madrid, 90.

espíritu al servicio de una causa o de un ser constituido como el fin de los sentimientos y de las acciones. En este sentido se puede hablar de “fe en el hombre”, “fe en la ciencia” o “fe en el progreso”, aunque el número de creyentes en estas realidades también ha descendido notablemente. Con todo, sí podría decirse que la fe en la inmortalidad del alma ha sido reconfigurada o desplazada por la fe en una salvación suprapersonal en la realidad material (el culto a los objetos y a las formas) o en la realidad social (el culto al grupo, a las relaciones, a la nación o al ritual) El culto al dinero, a la salud, sacerdotalmente oficiada por la medicina, universalmente obedecida con fe ciega; el culto al cuerpo, al sexo o al amor constituyen hoy formas de fe tan firmes y sólidas o tan ciegas y fanáticas como a veces se vive una fe religiosa³.

También podría señalarse las reconfiguraciones de la fe en la humanidad: la fe como entrega y adhesión a valores como la solidaridad, la justicia y la paz o la fe en una cosmovisión panteísta. Si antaño se sostenía que tener fe era creer en lo que no se ve, hoy podría decirse que el interés por lo extraño, misterioso e inexplicable a primera vista, también comporta una cierta fe o sistema de creencias místico-esotéricas (F. Champion) Por ello nuestra sociedad, más que caracterizarse por la increencia, está marcada por una proliferación de creencias o, como dicen algunos autores, por un supermercado de creencias, muchas veces, a modo de religión a la carta. Hoy uno de los retos importantes para los cristianos es precisamente cómo anunciar la fe cristiana en estos nuevos areópagos. No se trata de despreciar las creencias no cristianas, tampoco de asumirlas o integrarlas sin más: ni integrismo ni sincretismo. Se trata de ofrecer y proponer la fe cristiana como oferta humanizadora del sentido último de la vida desde el Dios de Jesucristo:

“No podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico “preámbulo” de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios”⁴

2. Características de la fe cristiana

¿En qué consiste la fe cristiana? ¿Cómo se define la fe cristiana? La fe cristiana es en primer lugar la adhesión personal al Dios cristiano, es decir, al Dios revelado en Jesucristo. Así lo expresa el Catecismo de la Iglesia Católica:

“La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado”⁵

En efecto, los cristianos creemos en un Dios que no se concibe como Dios en sí y para sí exclusivamente sino que revela su misterio a los hombres y mujeres. A esta revelación de Dios en Jesucristo corresponde una fe cristiana que no puede reducirse a movimiento vertical puramente privado hacia un Dios que encierre en sí o atraiga con un movimiento absorbente a los creyentes. Constituye un movimiento que descentra radicalmente al sujeto para poner en el centro de la vida del creyente a las demás

³ Cfr. MARDONES, J.M.: *Para comprender las nuevas formas de religión*, Verbo Divino, Estella 1998, 133-135

⁴ BENEDICTO XVI.: *Carta Apostólica “Porta fidei”*, 11 de octubre de 2011, n. 10.

⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA, n. 150.

personas, siendo el centro de la existencia el Dios de Jesucristo.

Creer en Jesucristo es entablar una relación personal con El que comporta la adopción de su forma de vida, es decir, el seguimiento. Creer en Jesucristo es seguirle. Y si Jesucristo se define como el enviado, el pro-existente (Moltmann), el entregado a los hombres y mujeres, el seguimiento de Jesucristo supondrá la transformación de la propia existencia centrada en sí mismo a una existencia volcada en los demás. Solo así se realizará la adhesión personal del cristiano a Jesucristo que comporta el envío a los demás, es decir, la tarea evangelizadora.

2.1. *La fe cristiana: diversos acentos en diferentes momentos históricos*

La palabra “creer” puede designar un contenido proposicional: “Creo que algo es así”. Puede designar una relación de confianza: “te creo” y puede designar un compromiso existencial, una entrega de toda la persona a otra persona, a una causa, a un ideal, a unos valores, etc. Son los tres aspectos o dimensiones del acto de fe que aparecen en el evangelio según San Juan y que recogió y expresó San Agustín: “creo que”, “creo a” y “creo en”:

(1) *asentimiento a verdades* a las que el creyente se adhiere (“creo que”; “Creo que Dios existe”) (*fides quae*)

(2) *confianza* fundada y personal (“creo a”, “me fío de Cristo”) (*fides qua*)

(3) *entrega* incondicionada como una opción de vida: entrega incondicionada al fundamento último y primordial de la realidad, que para los cristianos es el Dios de Jesucristo (“Creo en Jesucristo”, “vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”)

En la Biblia la fe se presenta como una opción fundamental y un proyecto de vida en los que la persona se entrega a Dios, funda su existencia en El, encuentra el sentido pleno, último y definitivo de su vida mediante una relación interpersonal de confianza en el Dios de Jesucristo, “autor y consumidor de nuestra fe”.

En los evangelios sinópticos Jesús aparece como Aquél lleno de confianza en el Padre, que confía y se sabe fiel al Padre. El modo peculiar de emplear el término *Amen* como garantía de sus palabras implica la reivindicación de una autoridad sin precedentes en el judaísmo. Los creyentes son aquellos que reconocen la presencia de Dios en la persona y en el ministerio de Jesús y que aceptan la buena noticia del Reino inaugurado en Jesús y por medio de El. El poder de reconocerlo como Mesías e Hijo de Dios se atribuye a la gracia del Padre. Jesús da gracias al Padre por los pequeños que han recibido el don de la fe (*Mt 11, 25*). La confesión de fe de Pedro va seguida de estas palabras puestas en boca de Jesús: "Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque ni la carne ni la sangre te lo han revelado sino mi Padre que está en los cielos" (*Mt 16, 17*). Jesús reza por Pedro para que no decaiga su fe (*Lc 22, 31*) En los Hechos de los Apóstoles el término fe comienza a adquirir un sentido objetivo para designar el contenido del kerygma (*Hech 6,7; 13, 8, 14, 22; 16, 5*). Ser creyente significa adherirse a la comunidad cristiana (*Hech 4, 32; 11, 21*) Los apóstoles cuando anuncian el kerygma exhortan al bautismo y a la penitencia. Se equipara la fe al bautismo que concede una fuerza capaz de perdonar los pecados (*Hech 4, 12; 26, 18*). Creer en Cristo es condición necesaria para la salvación (*Hech 4, 12; 16, 31*) y se enfatiza el papel del Espíritu Santo que otorga potencia a la predicación apostólica y predispone a los que lo escuchan para creer la buena noticia.

En los escritos paulinos la fe se centra en la respuesta al mensaje de Jesús, al anuncio de Jesús resucitado. Encontramos el término creyente en *Rom 3, 22; 1 Cor 1, 21*. Siguiendo una antigua profesión de fe Pablo escribe en *Rom 10, 9*: "Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, te salvarás" (*Rom 10, 9*) El contenido de la fe es el anuncio de la acción salvífica de Dios en Cristo. El asentimiento intelectual está fundado en signos y prodigios (*1 Ts 1, 5*), en el testimonio de las apariciones de Cristo resucitado (*1 Cor, 15, 1-8*) que son parte de las enseñanzas de los apóstoles (*1 Cor 15, 11*) Sólo puede ser conseguida la fe mediante la ayuda del Espíritu Santo. Del mismo modo que el hombre según la carne no puede conocer lo que pertenece al Espíritu, así la fe presupone una llamada interior que procede de la libre y gratuita iniciativa divina (*Rom 5, 15, 8, 30; Ef 2, 8; 2 Ts 2, 13*) La fe admite diversos grados según la medida de los dones y carismas de Dios (*Rm 12, 3*). La fe transporta las montañas (*1 Cor 13, 2*) hasta otros grados y carismas diversos. Mientras estamos en este mundo caminaremos en la fe y no en la visión (*1 Cor 13, 12*) La fe es mucho más que un acto intelectual (la visión en la cultura oriental). Por la fe nos abrimos a Dios revelador y ponemos nuestro futuro en sus manos (*Rm 4,5*). Como Abraham el cual "tuvo fe esperando contra toda esperanza" (*Rm 4, 18*), los cristianos atienden confiadamente el futuro, en la certeza de ser un día resucitados junto a Jesús (*2 Cor 4, 14*).

En los escritos paulinos la fe designa confianza. Es un poner en Dios la confianza última y definitiva (*Rom 10, 11; Gal 2, 16; Fil 1, 29*) Exige respuesta activa: creer conduce a la confesión (*Rom 10, 9-10; 2 Cor 4, 13*). La fe hace que la vida del creyente se oriente y estructure en función de Cristo. De aquí se sigue la "obediencia de la fe" (*Rm 1, 5*) y se atribuyen a la fe los mismos predicados que a la obediencia (*Rm 1, 8 y 16, 19*) Es típicamente paulino la justificación mediante la fe. En la carta a los Romanos y en la carta a los Gálatas Pablo insiste en el hecho de que somos justificados libremente por la fe y no por las obras de la ley (*Rm 1, 17; 3, 28; Gal 2, 16*) Para Pablo la fe es condición de posibilidad de la salvación. En 1 Corintios habla de los dones de la fe, la esperanza y la caridad. La fe sin amor no es nada (*1 Cor 13, 3*) y el don más grande es la caridad (*1 Cor 13, 13*) La fe que justifica es una fe viva y operante, la fe que obra por medio de la caridad" (*Gal 5,6*) La fe comporta una nueva modalidad de existencia, una nueva vida en la que recibimos la promesa del Espíritu mediante la fe" (*Gal 3, 14*) La fe hace posible caminar según el Espíritu (*Rom 8, 4; Gal 5, 25*), "No soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí" (*Gal 2, 20*)

Mientras San Pablo se concentra en la fe en Jesús como Señor crucificado y resucitado, San Juan se detiene a contemplar la fe tal como surge del encuentro con Jesús que viene de Dios y camina hacia Dios. Juan polemiza con la orgullosa autosuficiencia humana y se opone deliberadamente al intelectualismo del gnosticismo. Así lo muestran las aserciones confesionales pronunciadas por Natanael, Pedro, el ciego de nacimiento, Marta y Tomás. En Juan como en Hechos y Pablo la fe implica justificación y salvación. Libera del juicio y de la condena (*Jn 3, 18; 5, 24*) y otorga la vida eterna (*Jn 3, 15-16.36*). La vida eterna que ya está dada aquí y ahora para el creyente (*Jn 5, 24; 6, 47*) aunque la plenitud tendrá lugar en el último día cuando resucitarán los muertos (*Jn 5, 29; 6, 39-40*) En Juan la fe y la gracia van unidas. Nosotros no podemos pasar de la muerte a la vida con nuestras propias fuerzas. Para creer hay que ser atraídos por el Padre (*Jn 6, 44.65*). Los creyentes son aquellos que Jesús ha recibido del Padre, son los que escuchan su voz (*Jn 6, 37; 8, 47; 10, 27; 18, 37*). Los que no creen es porque no son "de Dios", no se posicionan de la parte de Dios (*Jn 8, 47*). Su incredulidad deriva de su inmoralidad (*Jn 3, 19-20; 5, 44; 9, 41*) Asimismo están vinculados el creer y el conocer, empleados a veces como sinónimos

(*Jn 6, 69*) Conocimiento no es una comprensión teórica de tipo objetivo, sino una íntima relación personal como la unión familiar como cuando decimos: "¿"conoces a fulano de tal?", "¿No le voy a conocer...si he vivido con él". Así se expresa la peculiar relación familiar entre Jesús y el Padre (*Jn 10, 14-15*) Por otra parte, la fe conduce al conocimiento (*Jn 4, 39-42; 10, 38*) pero también el conocimiento lleva a la fe (*Jn 16, 30; 17, 8; 1 Jn 4, 16*)

La fe está fundada y se expresa en signos (*Jn 2, 11.23; 4, 53; 5, 36-38; 10, 38*) Pero una fe que se apoya en signos tiene sólo un carácter preliminar e inadecuado (*Jn 4, 48; 6, 26*) e inferior a la fe basada en la palabra de Jesús (*Jn 2,22; 14, 10-11*) La dialéctica entre ver y creer recuerda a la que se da entre creer y conocer. Ver puede ser ocasión para creer (*Jn 20, 8*) pero la fe de Tomás es menos perfecta que la de aquellos que creen sin haber visto (*Jn 20, 29*). La fe sobrepasa la visión física pero tiene que ver con un cierto tipo de visión (*Jn 1, 14; 11, 40; 14, 8-9*) Juan tiende a poner en relación la fe y las obras. Los que hacen el mal odian a la luz, mientras que los que obran la verdad vienen a la luz (*Jn 3, 20-21*) La fe se expresa en obras de amor. A través de las obras de amor Jesús quiere el mundo crea que El ha sido enviado (*Jn 17, 21; cfr. 13, 35; 15, 8*) Las obras buenas conducen a la fe y la fe va unida a las buenas obras. Las obras buenas sin la fe no tienen ningún valor. Se da así una unión entre la fe y el amor (*Jn 3, 23*) El amor de Dios constituye el objeto de la fe ("Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene" (*1 Jn 4, 16*) Así la fe tiene una fuerza capaz de vencer al mundo (*1 Jn 5, 4-5, 19*)

En la carta a los Hebreos su autor sitúa la fe en la perspectiva de una historia dinámica del pueblo de Dios peregrino en camino hacia la meta prometida del descanso eterno. Une así la seguridad, la firmeza y la confianza a la perseverancia (*Heb 3, 14; Heb 10, 36-39*) Se alaba la fe de los creyentes del Antiguo Testamento (*Heb 11*) En el capítulo 12 el autor exhorta a fijar la mirada en Jesús, "autor y perfeccionador de la fe" (*Heb 12, 2*) Lo importante no es la cuestión de si Jesús ha sido o no un creyente sino su ejemplo de confianza en el Padre que fundamenta y caracteriza específicamente la fe de los creyentes. Algunos textos de Hebreos son clásicos en la teología de la fe como la definición de fe en *Heb 11, 1*" La fe es fundamento de las cosas que se esperan y prueba de aquellas que no se ven". Este texto ha inspirado un cierto primado de la noción del acto de fe como asentimiento intelectual. Otro texto clásico es aquel en el que se habla de la fe como necesaria para agradar a Dios y para la salvación (*Heb 11, 6a*) La razón de ello aparece en 11, 6b: "quien se acerca a Dios debe creer que Dios existe y que recompensa a los creen en El".

En la carta de Santiago el texto más importante es *Sant. 2, 14-26* donde la fe viva va unida a las obras. Santiago ve en Abraham un ejemplo de unión de fe y obras. Este es quizás el único texto del Nuevo Testamento en el que la fe se concibe como asentimiento intelectual y en este sentido restringido (que no es el paulino) es claro que sin las obras este tipo de fe está muerta. En la carta de Judas, en el Apocalipsis y en las cartas pastorales la fe aparece como un contenido doctrinal de la enseñanza de la Iglesia (*Jd 3; Ap 14, 12; cfr. 2, 13*) La fe es presentada como un depósito confiado y de confianza que hay que conservar y defender (*1 Tim 6, 20; 2 Tim 1, 14; 2 Tim 4, 7*)

El Concilio Vaticano II, cuya apertura e inicio tuvo lugar hace 50 años, el 11 de octubre de 1962, exponiendo la noción de Revelación como autocomunicación y diálogo de comunión y amistad, presenta la fe como una respuesta y acogida (*DV 5*) Sigue aún formulaciones del Vaticano I, pero pone de relieve nuevos aspectos en la teología de la fe. El Vaticano I hablaba preferentemente en categorías objetivas y en términos de contenidos de conocimiento: tener por verdad las cosas que revela, decretos eternos, Verdad Increada, virtud, gracia, etc. El Vaticano II habla en términos de

encuentro personal. La noción de fe en el Vaticano I quedaba reducida al aspecto intelectualista al hablar del doble orden de conocimiento; natural y sobrenatural. Faltaba una mayor referencia cristológica central y explícita. En cambio, el Vaticano II evita los neutros "cosas", "bienes divinos" y personaliza la Revelación en Dios que se revela en Jesucristo. Por tanto, la fe es concebida, sobre todo, como un encuentro entre el Dios que se comunica y el ser humano que se comunica desde una entrega interpersonal de amor. Podríamos resumir así las aportaciones del Concilio Vaticano II

- La fe como entrega total del ser humano, "se entrega enteramente", es decir, en la totalidad de sus dimensiones como persona y no preferentemente como un asentimiento intelectualivo (DV 2)
- La fe como entrega libre (DV 5)
- La fe como don del Espíritu Santo, "que le da el gusto para creer la verdad" (DV 5)
- La fe progresa y avanza dinámica e históricamente: para que el ser humano pueda comprender cada vez mejor la Revelación, el Espíritu perfecciona constantemente la fe con sus dones (DV 5)

Además de la *Dei Verbum* encontramos alusiones a cuestiones de teología de la fe de manera esporádica en otros documentos del Vaticano II. Así en *Unitatis Redintegratio*, n. 3, donde se dice que la fe, la esperanza y la caridad pueden encontrarse fuera de los confines visibles de la Iglesia Católica. En este mismo documento en el n. 23 se alaba la fe de los protestantes. En *Ad Gentes*, n. 7 se afirma que a través de caminos que sólo Dios conoce, El puede llevar a la fe "sin la cual es imposible agradar a Dios" (Hebreos 11, 6) a aquellas personas que, sin culpa ignoran el evangelio". El Vaticano II trata de armonizar e integrar afirmaciones que se encuentran en la Biblia y que no parecen fácilmente compatibles: por un lado, en *Lumen Gentium* 17 se dice que se llega a la fe escuchando el anuncio evangélico; por otra, en *Ad Gentes* 7 se dice que la fe salvífica puede existir ya incluso antes del anuncio de la buena noticia. Con ello el Vaticano II parece presuponer dos tipos de fe, ambas que dependen del Espíritu Santo, el cual actúa invisiblemente en el corazón de todas las personas de buena voluntad (*Gaudium et Spes* 22) animándoles a seguir la buena conciencia y preparándoles para acoger el evangelio en el momento en que lo escuchan (*Lumen Gentium* 16). En el *Decreto sobre la actividad misionera* se tiene en cuenta, por un lado, la llamada universal a la salvación, y por otra, la llamada específicamente cristiana de la fe, ya que se habla del Espíritu Santo que, mediante la semilla de la palabra y de la predicación del evangelio llama a todos los hombres y mujeres a unirse a Cristo y suscita en sus corazones la adhesión a la fe (*Ad Gentes* 15)

Todas las dimensiones del acto de fe son importantes. Los contenidos de la fe son importantes porque nuestra fe es histórica y comunitaria, es una fe eclesial, que se vive, se profesa y se celebra en la comunidad, en la Iglesia. Pero más importante aún es la dimensión de confianza y de entrega que nos lleva a orientar y organizar nuestra vida desde el Dios de Jesucristo.

En ciertos sectores de nuestra Iglesia actual hay una obsesión exagerada por los términos que definen los contenidos de la fe cuando hoy en día el gran desafío es cómo conseguir que las personas lleguen a tener experiencias de encuentro con Cristo vivo y resucitado. Si hay experiencia de encuentro con Cristo entonces las fórmulas de fe, los credos y catecismos se comprenderán y vivirán. Si no hay experiencia de encuentro personal con Cristo las fórmulas de fe por muy ortodoxas que sean no serán ni creíbles ni significativas y no transformarán nuestra existencia. Recordemos que el acto de fe no

termina en el enunciado sino en el misterio, en el encuentro con el Dios de Jesucristo: “*actus fidei non terminatur ad enuntiabilia, sed ad rem*” (expresión empleada por Juan XXIII al inicio del Concilio Vaticano II) Así lo expresa el cardenal Walter Kasper:

“En la confrontación de ortodoxia y ortopraxia se separan los grupos de tendencia conservadora o progresista. Si los unos ponen todo su énfasis en el mantenimiento y conservación de la fe transmitida de una vez por todas, los otros luchan por la realización de esta fe en el presente. Ambos grupos tienden a anatematizarse y condenarse mutuamente y, sin embargo, entre ellos existe un fundamento común mucho más amplio de lo que ellos creen. Así, resulta que los conservadores creen tener que proteger la fe porque esta sigue teniendo hoy un significado.

¿Y por qué se esfuerzan los progresistas por la realización de la fe si no es porque están convencidos de que esta fe significa para el hombre la verdad y la vida? Se trata, pues, para ambos, del mismo objeto: de la actualidad de la fe hoy. Ambos puntos de vista implican peligros. Pensando en la actualidad puede uno llegar a olvidar la fe, perderla de vista, igual que la preocupación por las formas tradicionales de la fe puede hacer olvidar el hoy. A veces parece que los conservadores no tienen otra preocupación que saber cuánto se cree, y tienen a su disposición una especie de catálogo de preguntas y respuestas prescritas para poner a prueba la ortodoxia de sus dialogantes. Pero ¿se pueden contar las verdades de la fe del mismo modo que se cuentan las perlas de un collar? Por el contrario, los progresistas dan con frecuencia la impresión de haber sucumbido al prejuicio de que lo importa es que uno “llegue” y se mantenga en sus trece en la discusión, como si la opinión de los medios de comunicación fuera el no va más de los criterios de verdad”⁶

2.2. *Los principales aspectos de la fe cristiana*⁷

1. *Gratuidad*. La fe es gratuita porque es un regalo, algo que adviene al ser humano de manera sorprendente, algo que irrumpe en nuestro modo de ver las cosas y el mundo, algo que no podemos ni derivar ni deducir con nuestros cálculos ni con nuestros razonamientos ni con nuestra lógica ni descubrir con nuestros avances científicos. Siendo la fe una relación interpersonal con Jesucristo es El quien abre el diálogo, es El quien nos abre los ojos, el entendimiento y el corazón. Y todo ello gratis y por pura gratuidad⁸:

“La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo”⁹

2. *Libertad*¹⁰. Si la fe fuese una sumisión involuntaria o antinatural a la voluntad divina, podría ser considerada objetivamente buena, pero carecería de valor humano, religioso y moral. El acto de fe, en cuanto tal, es un acto humano, una opción libre y responsable, que tiene su inicio en Dios, que es quien mueve, anima y sostiene la libre decisión existencial del ser humano. La fe, en cuanto opción existencial, comporta un ejercicio de libertad. La fe es un regalo y, a la vez, una acogida, una opción que consiste en aceptar gozosamente que Dios es donación y amor¹¹:

“La fe es el acto con el que decidimos entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios”¹²

⁶ KASPER, W. *Introducción a la fe*. Salamanca, Sígueme, 110-111.

⁷ Cfr. VIDE, V.: *¿En qué Dios creemos?* PPC, Madrid 2008.

⁸ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 153.

⁹ BENEDICTO XVI.: *Carta Apostólica Porta fidei*, 11 de octubre de 2011, n. 7.

¹⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II.: GS 17.

¹¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 160.

¹² BENEDICTO XVI.: *Carta Apostólica Porta fidei*, 11 de octubre de 2011, n. 10.

3. *La fe es cierta y oscura a la vez. (Rm 4, 20-21; Heb 10, 34; Heb 11, 6; 1 Jn 5, 9)*
 La fe afirma una certeza. Lutero decía que es una confianza viva y audaz en la gracia de Dios, tan cierta que el creyente moriría una y mil veces antes que dudar de ella. El Concilio Vaticano I subrayó el carácter de certeza que comporta la fe, ya que Dios es veraz y no puede engañarse ni engañarnos. Pero la fe, además de ser una certeza, comporta una oscuridad. Siempre hay un momento de oscuridad, ya que es un acto libre y además su contenido no es evidente ni deducido apodícticamente. El creyente acepta en la fe realidades, verdades, aspectos que no se ven, ni se pueden demostrar. La fe es siempre misteriosa, ya que tiene que ver con el Misterio de Dios (*Ex 33, 18; Is 6, 1-5; Jer 1, 4-10; Ez 1, 1-28; Job cap. 38-41; 2 Cor 5, 6-7; 1 Cor 13, 12; Heb 11, 1; 1 Cor 2, 11*). S. Juan de la Cruz decía que la fe es un hábito del alma cierto pero oscuro. El creyente es consciente y muchas veces, sufre por ello, de percibir a Dios de una forma confusa, como en un espejo. Dios es siempre totalmente otro, infinito e inabarcable. Su proyecto salvífico comprende misterios inescrutables, su trascendencia permanece siempre absoluta, sus palabras son irreductibles a ideas claras y distintas. Es verdad que en Jesucristo Dios se manifiesta plenamente, pero no de manera evidente. La luz de la Resurrección no elimina la noche oscura de la Pasión y además la plenitud del Misterio Pascual se alcanzará cuando quede superado definitivamente el sufrimiento y la muerte. Entonces veremos a Dios tal cual es¹³:

“Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario,... hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas”¹⁴

4. *La fe va unida al amor*¹⁵

“La fe sin la caridad no da fruto y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero hay quien que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo”¹⁶

5. *La fe comporta una implicación existencial, ética y social.*

La fe implica una participación en el proyecto de Jesucristo. En la fe el creyente opta por vivir su existencia desde la entrega a Cristo. Esta entrega conlleva la implicación con los hambrientos, sedientos, enfermos, encarcelados y quienes prolongan hoy la Pasión de Cristo. La fe como opción existencial comporta, pues, una dimensión humanizadora, una tarea sanadora y salvífica, vivida de manera comunitaria. Así lo expresa el *Instrumentum Laboris* del Sínodo de los Obispos que se está celebrando durante estos días en Roma en los siguientes números:

n.18: “La fe cristiana no es solo una doctrina, una sabiduría, un conjunto de normas morales, una tradición. La fe cristiana es un encuentro real, una relación con Jesucristo. Transmitir la fe significa crear

¹³ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 157.

¹⁴ BENEDICTO XVI.: *Carta Apostólica Porta fidei*, 11 de octubre de 2011, n. 2.

¹⁵ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 159.

¹⁶ BENEDICTO XVI.: *Carta Apostólica Porta fidei*, 11 de octubre de 2011, n. 14.

en cada lugar y en cada tiempo las condiciones para que este encuentro entre las personas y Jesús se realice. El objetivo de toda evangelización es la realización de este encuentro, al mismo tiempo íntimo y personal, público y comunitario”

n. 91: “Como leemos en los Hechos de los Apóstoles no se puede transmitir lo que no se cree y no se vive. No se puede transmitir el Evangelio sin tener como base una vida que sea modelada por el Evangelio, es decir, que ese Evangelio encuentre su sentido, su verdad y su futuro”

n.100: “Para poder ser transmitida la fe debe ser “profesada, celebrada, vivida y rezada”¹⁷

n.164: “Nueva evangelización no significa “nuevo Evangelio”, porque “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos”. Nueva evangelización significa dar una respuesta adecuada a los signos de los tiempos, a las necesidades de los hombres y de los pueblos de hoy, a los nuevos escenarios que muestran la cultura a través de la cual expresamos nuestra identidad y buscamos el sentido de nuestras existencias. Nueva evangelización significa promoción de una cultura más profundamente radicada en el Evangelio. Quiere decir descubrir el “hombre nuevo” que está en nosotros gracias al Espíritu que nos ha sido dado por Jesucristo y por el Padre”

3. Presbíteros creyentes y evangelizadores

Describiendo al sacerdote como hombre de fe Antonio Bravo dice lo siguiente:

“Nos han mandado a la parroquia a un “cura bueno”. Entienden que su pastor es un hombre bondadoso y generoso, servicial con todos. Se sienten acompañados y queridos. Y esto ya es mucho; pero saben que no surgirán de él muchas iniciativas para afrontar el deterioro creciente de la comunidad de los creyentes. Valoran la bondad de su pastor pero se preguntan cómo transmitir el Evangelio en una sociedad secularizada.

Otras veces se oye decir a la gente: “Nos han mandado un hombre emprendedor. Ven que es un cura con iniciativa y creatividad. Se esfuerza por recrear el tejido social, descubren en él a un buen gestor que toma iniciativas para atraer a la gente, muy activo y dinámico. Está muy bien pero existe el riesgo de caer en la burocracia y activismo.

Otros comentan: “El nuestro es muy piadoso”. Han descubierto que se encuentran ante un hombre muy religioso, muy preocupado por el culto y las prácticas de piedad. Valoran en él su entrega a la oración y su esfuerzo por la liturgia. Echan en falta su proyección social, su apertura al mundo y a la cultura actual.

Otra gente comenta: “Pues nuestro cura es muy progre”. En su acción pastoral prevalece la preocupación por las dimensiones sociales de la fe. Sabe que la fe necesita de mediaciones humanas y busca a aquellas que se dirigen, ante todo, a la transformación del mundo. Las dimensiones de alabanza y plegaria aparecen menos desarrolladas.

Finalmente para no alargar más la lista de las reacciones de la comunidad, se les escucha decir a otros: “Nuestro cura es un hombre de fe, cree en lo que dice y hace”

(Y comenta Antonio Bravo):”Mi convicción es muy sencilla: el primer rasgo del ministro de la nueva Alianza es el de la fe”¹⁸

3.1.Presbíteros creyentes

Veamos algunos rasgos de los presbíteros como creyentes:

¹⁷ Cfr.: BENEDICTO XVI.: *Carta Apostólica Porta fidei*, 11 de octubre de 2011, n. 6: “Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año”

¹⁸ BRAVO, A.: *El evangelio: fundamento de la espiritualidad sacerdotal*, Idatz, San Sebastián 2004, 29-31.

1) *Hombres que viven la fragilidad en el Espíritu*

El primer rasgo es asumir en el Espíritu las fragilidades propias de la condición humana: “Cuando me siento débil entonces es cuando soy fuerte” (2 Cor 12, 10) El mayor éxito de un cura es asumir los fracasos pastorales y el mayor fracaso de un cura es no asumir los éxitos pastorales pensando que él es el salvador y el protagonista de la salvación cuando el único que salva es Jesús. El hombre nuevo y el hombre viejo se hallan todavía entremezclados en nosotros los curas hasta el final de los tiempos. El creyente auténtico vive con serenidad sus fragilidades y las de sus hermanos. Cuando falta esto nuestra fe puede desembocar en ideología. Como dice Juan M^a Uriarte:

“El presbítero está habitado por las dos sensibilidades: la que siente familiar a Dios y la que lo siente extraño. Aquí radica su escisión fundamental. Los presbíteros que gestionan bien esta “escisión” entre su fe y las corrientes culturales dominantes que también se alojan dentro de él van accediendo, por la gracia del Espíritu, a una adhesión más aquilatada a Dios, a una exigente purificación de su imagen, que nos ha sido revelada en Jesucristo, el Señor”¹⁹

2) *Humildad y gratuidad*

Caminar en la verdad como lo recuerda Santa Teresa de Jesús engendra en el creyente humildad y gratuidad. En efecto, la fe es gracia. “Todo es gracia”, así termina el *Diario de un cura rural* de Bernanos. El creyente es el que se reconoce agraciado y agradecido como señala una y otra vez S Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales, “agradecido por tanto bien recibido”.

3) *Seducidos por Jesús*

El creyente es una persona atraída, encandilada, maravillada por la persona de Jesucristo. Así lo expresa el teólogo italiano Mongillo:

“Seguidor es aquel que se sorprende transformado en el amor y se deja conducir y llevar por esa misteriosa “atracción” que funda la libertad, orienta en las opciones, sostiene en las realizaciones, hace despreocuparse de los cálculos, desencadena fidelidad e inventiva y construye el nosotros de la comunidad de seguidores”²⁰

Crear en Jesús significa no solo asumir el proyecto de Jesús, sino el destino de Jesús. Y ese destino pasa por el sufrimiento, por la cruz y la muerte aunque termina en la resurrección. Quien hoy se toma en serio la forma de vida de Jesús en torno al dinero, a la seguridad propia, a la sexualidad, a su vinculación con la familia eclesial, a los marginados, será tachado de inflexible o a veces de permisivo. La fe llevará al creyente a apaciguar sus miedos interiores y a resistir a las dificultades exteriores sin amargarse, sin endurecerse, sin acomplejarse, sin empecinarse y sin claudicar.

¹⁹J. M. URIARTE, *Pliego de Vida Nueva, Vida Nueva*, n. 2.673.

²⁰Cfr. URIARTE, J.M. *Seguidores y testigos*, Idatz, San Sebastián 2003, 30.

4) *La fe: participación en la fidelidad de Cristo al Padre*

La fe tiene que ver con la fidelidad y en ese sentido es una participación en la fidelidad de Cristo al Padre. Por eso la PO en el n 18 dice lo siguiente:

“A la luz de la fe, nutrida con la lectura divina, los presbíteros pueden buscar cuidadosamente las señales de la voluntad divina y los impulsos de su gracia en los varios aconteceres de la vida, y hacerse, con ello, más dóciles cada día para su misión recibida en el Espíritu Santo”²¹

Esta fidelidad se construye en las pequeñas fidelidades de cada día. Ellas componen la cadena interminable de pequeños “síes” que constituyen la textura de una existencia fiel al Señor y preparan los cuatro o cinco grandes “síes” que se pronuncian- a veces- sangrantes en la vida²². Esta fidelidad ayuda a superar los riesgos en la vida de fe, a saber, el sentimentalismo, la fe reducida a una ideología, el racionalismo o gnosticismo, el fideísmo y el fanatismo o fundamentalismo.

3.2.Presbíteros evangelizadores

No es fácil transmitir la fe ni evangelizar hoy en día. Y, sin embargo, en los documentos del concilio Vaticano II se insiste varias veces en la transmisión de la fe a través del anuncio de la Palabra como la primera tarea y misión de la tarea evangelizadora (LG 28 y PO 4):

“Los presbíteros, participando de Cristo, único Mediador, anuncian a todos la Palabra de Dios” (LG 28)

“El pueblo de Dios se reúne, ante todo, por la palabra de Dios vivo, que con todo derecho hay que esperar de la boca de los sacerdotes” (PO 4)

¿Por qué?

“Porque con la palabra de salvación se suscita la fe en el corazón de los no creyentes y se robustece en el de los creyentes” (PO 4)

Comentando estos números del Concilio Vaticano II dice Greshake²³ que muchos padres conciliares consideraban el anuncio de la fe y la evangelización como el centro de la tarea y misión de los presbíteros, una tarea que engloba todas las demás. Por eso en casi todos los documentos que tratan de los presbíteros aparece, en primer lugar, el anuncio de la fe y el servicio de la evangelización. Veamos algunos de ellos en *Presbyterorum Ordinis (PO)* desde la caridad pastoral que es la clave para leer este documento conciliar:

²¹ CONCILIO VATICANO II.: *Presbyterorum Ordinis*, n. 18.

²² Cfr. URIARTE, J.M.: *Seguidores y testigos*, op.cit., 119.

²³ Cfr. GRESHAKE, G.: *Ser sacerdote*, Sígueme, Salamanca, 1995, 84.

¿Cómo ser presbíteros evangelizadores según la Presbyterorum Ordinis (PO)?

Educando en la fe

13. “Se ven impulsados por la caridad del Buen Pastor a entregar su vida por sus ovejas, preparados también para el sacrificio supremo, siguiendo el ejemplo de los sacerdote que incluso en nuestros días no han rehusado entregar su vida; **siendo educadores en la fe**, progresando siempre hacia el cumplimiento más perfecto del deber pastoral, y cuando es necesario, están dispuestos a emprender nuevos caminos pastorales, guiados por el Espíritu del amor, que sopla donde quiere[111]. (n.13)

Conviviendo con la gente, cultivando los valores humanos desde un compromiso transformador

17. Por la amigable y fraterna convivencia mutua y con los demás hombres, pueden aprender los presbíteros a cultivar los valores humanos y a apreciar los bienes creados como dones de Dios (n.17)

Mediante la cercanía y solidaridad con los pobres

17. Guiados, pues, por el Espíritu del Señor, que ungió al Salvador y lo envió a evangelizar a los pobres[144], los presbíteros, y lo mismo los obispos, mucho más que los restantes discípulos de Cristo, eviten todo cuanto pueda alejar de alguna forma a los pobres, desterrando de sus cosas toda clase de vanidad. Dispongan su morada de forma que a nadie esté cerrada, y que nadie, incluso el más pobre, recele frecuentarla (n.17)

Por medio del diálogo fe-cultura, fe-ciencia, fe-justicia, fe cristiana-otras religiones

19. “Pero como en nuestros tiempos la cultura humana, y también las ciencias sagradas, avanzan con un ritmo nuevo, los presbíteros se ven impulsados a completar convenientemente y sin intermisión su ciencia divina y humana, y a prepararse, de esta forma, para entablar más ventajosamente el diálogo con los hombres de su tiempo” (n.19)

El testimonio de caridad pastoral, que es parte integrante de la evangelización, supone relación personal con Cristo, seguimiento e imitación de sus actitudes de Buen Pastor. En virtud de su consagración, los presbíteros están configurados con Jesús, Buen Pastor, y llamados a imitar y revivir su misma caridad pastoral²⁴. Consecuentemente «está llamado a hacerse epifanía y transparencia del Buen Pastor, que da la vida (cf. *Jn 10,11.15*)²⁵. En las actitudes y en la vida del sacerdote deben aparecer la caridad del Buen Pastor: «venid a mí todos» (Mt 11,28), «tengo otras ovejas» (Jn 10,16), «tengo compasión» (Mt 15,32), « tengo sed» (Jn 19,28) Por esto la formación litúrgica, espiritual, teológica y pastoral durante el período del Seminario y en toda la vida sacerdotal, debe tener la impronta de la caridad pastoral²⁶

Como se dice en el rito de ordenación sacerdotal el presbítero está llamado a creer lo que proclama, a anunciar lo que ha creído y a vivir según lo que anuncia. El documento sobre el plan de formación sacerdotal para los Seminarios de la CEE (1996) explica cómo el ministerio presbiteral del anuncio de la fe no puede reducirse al ámbito de la comunidad cristiana sino que ha de ser también un ministerio evangelizador, orientado al diálogo con la cultura, con los no creyentes y con los que no conocen ni aman ni siguen a Jesucristo.

²⁴ Cfr. JUAN PABLO II.: *Pastores dabo vobis*, n.21.

²⁵ Ibidem., n. 49.

²⁶ Cfr. CONCILIO VATICANO II.: *Optatam totius*, n.4.

Siguiendo el n.26 de la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* (1993) señalo una serie de propuestas para que los presbíteros podamos vivir mejor al servicio de la fe y la evangelización en nuestra diócesis de Bilbao. En este número se dice que el sacerdote debe ser el primer creyente de la Palabra con la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son suyas, sino de Aquel que lo ha enviado. Como dice nuestro IV Plan diocesano de evangelización (PDE): “El motor ineludible del Plan es la experiencia del Dios de Jesucristo, presente en su Palabra que resuena en la Iglesia”.

1.- Permanecer en la Palabra siendo oyentes y discípulos de la Palabra (escucha de lo que Dios me dice y lectura creyente de la realidad)

Decía San Agustín que en vano pretende ser externo predicador de la Palabra de Dios el que no es interno oyente de la misma. Nos ayudará a no vendernos a discursos ideológicos, a manipulaciones del evangelio ni a caprichos o imposiciones subjetivas a la hora de anunciar la Palabra en las comunidades. Hacer decir al Evangelio lo que no dice no es servir al Evangelio, sino servirse del Evangelio. Esto vale para todos los cristianos, pero especialmente, por razón del ministerio, para los presbíteros y el Magisterio. Como dice la *Dei Verbum* en el número 10: “Este Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado”.

2.- Anunciar a Jesucristo como Buena Noticia y denunciar lo que es contrario al Reino de Dios.

Para ello hemos de implicarnos, estando dispuestos a correr la misma suerte que el Maestro. La Palabra de Dios es paradoja y contraste. El anuncio sin denuncia es ingenuidad que ignora la fuerza del mal en el corazón humano y en las estructuras de pecado. La denuncia sin anuncio es negativismo que olvida la sobreabundancia de la gracia. En una sociedad secularizada los presbíteros tenemos que ser críticos respecto al reduccionismo funcionalista, a la supeditación del individuo al sistema, al empobrecimiento espiritual de los valores y las tradiciones. Y, por otro lado, tenemos que seguir ofreciendo una espiritualidad humanizadora frente al materialismo hedonista, consumista e insolidario, una espiritualidad vigilante ante las idolatrías deshumanizadoras y que aporte fe en una trascendencia personal y potencie la dimensión de apertura a lo de algún modo absoluto presente en todas las personas, una espiritualidad que anuncie en el areópago de la sociedad secularizada al Dios desconocido para muchos de nuestros contemporáneos. Al mismo tiempo nuestra acción evangelizadora siempre ha de unir el anuncio explícito de Jesucristo a un compromiso transformador, tal y como señala la *Evangelii nuntiandi*, auténtica carta magna de la evangelización. Que en nuestra Iglesia diocesana de Bilbao nunca olvidemos ni minusvaloremos el compromiso transformador, sal y luz para nuestra sociedad.

3.- Priorizar las tareas evangelizadoras en la acción pastoral para generar minorías creativas

En ciertos sectores de nuestra Iglesia actual se perciben estrategias pastorales de cristiandad. Se trata de una acción pastoral hacia el interior de la Iglesia, que ignora la apertura, el envío hacia las zonas alejadas de la Iglesia. Se trata de una acción pastoral que pretende a través de un predominio doctrinal de la fe, enseñar lo que los fieles

tienen que creer; transmisión de las mediaciones racionales del cristianismo más que cultivo de la fe y ayuda para que los fieles la expresen en categorías propias y adecuadas a las circunstancias en que viven. Este estilo de pastoral tiene serios inconvenientes²⁷. Confía en exceso la adhesión del cristianismo a unos medios de socialización que no tienen en cuenta los rasgos de sociedades secularizadas. Además hace de las mediaciones el objetivo principal de la acción pastoral y se apoya en una nostálgica mentalidad de cristiandad en la que la Iglesia pretende seguir monopolizando las funciones de donación de sentido, de legitimación y de orientación moral.

Una nueva evangelización debe llevar a los presbíteros a poner en el centro de las preocupaciones y acciones pastorales el anuncio del Evangelio y la llamada permanente a la conversión y el acompañamiento, la iluminación y la ayuda en ese proceso de primer anuncio y maduración en la fe. Tal preocupación llevará a los presbíteros a hacerse presente en los medios a los que no llega ese anuncio, a encarnarse en los diferentes medios humanos de vida y especialmente en aquellos que están más dominados por la indiferencia y el sincretismo religioso. Les llevará también a interesarse por esa cultura, a ser sensibles a sus valores, a compartir los gozos y esperanzas, las angustias y las esperanzas de la gente de hoy.

No se trata de que los presbíteros tengamos que sacrificar la autenticidad del Evangelio para adaptarlo al gusto y caprichos de nuestros “consumidores”, proponiéndoles un cristianismo a la carta. Se trata de que tengamos en cuenta la pluralidad de nuevas formas de religión y de nuevas formas de vivir el cristianismo y propongamos, en cada caso, aquello para lo que se está dispuesto y que puede ser acogido en cada caso. En efecto, hoy en día a 50 años del inicio del Concilio Vaticano II conviven en la Iglesia los asustados por los cambios conciliares, que buscan sobre todo seguridad en la doctrina, la práctica ritual y moral; los que necesitan unos símbolos vivos conectados con la propia tradición cultural que encuentran en los gestos de la religiosidad popular tradicional; los desorientados e inseguros que buscan humanización psicológica y estética; los entusiasmados con las tareas de transformación del mundo que insisten en la capacidad transformadora de la fe; los críticos y los dóciles, y tantos y tantos otros.

Por ello hoy se requiere de los presbíteros que tengamos tacto y sabiduría pastoral, que amemos a las personas de nuestras comunidades, que aceptemos cordialmente a las diferentes tendencias eclesiales en el marco de una auténtica comunión, una comunión que no se identifica con uniformidad doctrinal sino con el encuentro auténtico de vida y de adhesión personal con Jesucristo por parte de todos y cada uno de los creyentes desde la fidelidad a la forma de vida de los primeros seguidores de Jesús.

En una sociedad cada vez más globalizada y multicultural, los presbíteros y, en general, los católicos tenemos que aprender a convivir y aceptar la pérdida de hegemonía y la situación privilegiada de un régimen de cristiandad. Las instituciones religiosas tienen que aceptar la situación secular, que se caracteriza por un pluralismo sociocultural como fuente del ordenamiento social y jurídico no vinculado ya necesariamente a una sola cosmovisión. Y las instituciones políticas tienen que aceptar la autonomía de la sociedad civil, para de esta manera dispensar un tratamiento adecuado y respetuoso a las diversas ofertas de sentido en la sociedad.

Los presbíteros tenemos que asumir que la secularización no es un destino de irremisible pérdida de la dimensión religiosa en la sociedad actual, sino el síntoma de una mala adecuación pastoral a las condiciones sociales y culturales contemporáneas. Es

²⁷ Cfr. MARTIN VELASCO, J.: *Increencia y evangelización*. Sal Terrae, Santander 1988, 178.

una situación de desajuste entre la oferta y la demanda religiosa en una determinada sociedad; una falta de sintonía entre los persistentes anhelos de trascendencia y sentido, por una parte, y los aportes de las instituciones que ofrecen salvación religiosa. La secularización no es una negatividad de la que hay que defenderse, sino un reto, un desafío, una oportunidad para revisar nuestros planes pastorales.

Asimismo hemos de preocuparnos por generar “minorías creativas” (Benedicto XVI) priorizando determinadas tareas evangelizadoras para no caer ni en el estrés y el activismo ni en la pasividad resignada y fatalista. Así lo expresa Greshake:

“Al sacerdote le llegan mil peticiones, exigencias y expectativas de personas necesitadas y en busca de consejo, de la comunidad y de la curia diocesana. Una parte de los sacerdotes reacciona a esto con una actividad increíble. Intenta aportar lo posible a ese “pozo sin fondo”, casi siempre con la mala conciencia de hacer demasiado poco. La consecuencia es el estrés, el activismo, y al final, el vacío religioso y espiritual. La otra parte del clero reacciona limitándose, con resignación, a lo estrictamente necesario, porque se sienten desbordados y ve que no se puede hacer todo. Encontramos así ajetreo y agitación por un lado, y fatalismo por otro. Pero ambas actitudes erróneas vienen de la misma raíz, nacen de la falsa creencia de que es uno mismo quien tiene que “hacerlo”. Pero no es el sacerdote quien hace, sino Cristo por medio de él...Sería significativo preguntar a cada sacerdote cómo se habría comportado en Jericó. Jericó está siempre allí donde hay aglomeración de gente (y agobio de trabajo). También para el sacerdote debiera tener prioridad lo que fue importante para Jesús: escuchando la llamada del instante, hacer “lo único necesario”, con serenidad y paz, con espíritu y de modo convincente, consciente de que Dios actúa ahora, por su medio, en signos modestos y fragmentarios, y actuará un día instaurando el reino universal”²⁸

CONCLUSIONES

1.- Diez tesis sobre la forma de vida sacerdotal²⁹:

1. Es más importante cómo vivo de sacerdote que lo que hago como sacerdote
2. Es más importante lo que Cristo hace en mí que lo que yo mismo hago.
3. Es más importante vivir la unidad en el presbiterio que entregarme solo a mi tarea.
4. Es más importante el servicio de la oración y la palabra que el servicio en la mesa.
5. Es más importante acompañar espiritualmente a los colaboradores que hacer por sí solo todo el trabajo posible.
6. Es más importante estar presente sin reservas en algunos puntos que estar en todos de prisa y a medias.
7. Es más importante actuar en unidad que actuar a la perfección pero aislado. Por tanto, es más importante la colaboración que el trabajo, la comunión que la acción.
8. Es más importante, por más fecunda, la cruz que la efectividad.
9. Es más importante la apertura a la totalidad (la comunidad, la diócesis, la Iglesia universal) que el interés particular, por importante que sea.

²⁸GRESHAKE, G.: *Ser sacerdote*, Sígueme, Salamanca 1995, 170-172.

²⁹Cfr. GRESHAKE, G.: op.cit., 239 (Formuladas en el marco de una sesión de estudio de la Conferencia Episcopal Alemana, otoño de 1981, por el prof. W. Breuning, Bonn y el obispo, K. Hemmerle, Aquisgrán.

10. Es más importante dar testimonio de la fe a todos que satisfacer todos los compromisos tradicionales.

2.- *Algunas acciones para revitalizar el ministerio presbiteral en el Año de la Fe:*

1. Relee despacio el decreto *Presbyterorum Ordinis* del Concilio Vaticano II y la exhortación pastoral *Pastores dabo vobis* de Juan Pablo II.
2. A lo largo de este año de la fe lee un libro sustancial sobre el significado del ministerio sacerdotal en la Iglesia:
 - W. KASPER: *El sacerdote, servidor de la alegría, Sígueme*
 - GRESHAKE, G.: *Ser sacerdote. Sígueme.*
 - A.BRAVO.: *Eucaristía y sacerdocio. Sígueme.*
 - E. BIANCHI.: *A los presbíteros. Sígueme.*
 - J.M. URIARTE.: *Seguidores y testigos. Idatz.*
3. Dedicar un rato de tu tiempo a realizar una pequeña estampa con cartulina. Escribe en ella una pequeña oración dando gracias a Dios por la vocación sacerdotal y pidiendo a Dios ayuda para ser fiel a ella. Luego utilízala de guía en tu breviario.
4. Reaviva tu amistad con alguno de tus compañeros en el ministerio visitándolo, quedando a comer, o para alguna salida o viaje, etc.
5. Si tienes algún problema especial en tu vida o en tu ministerio (de cualquier tipo) decídate a hablarlo con un compañero de confianza. Quizá este año de la fe sea una buena oportunidad para afrontarlo con serenidad, seriedad y compañía.
6. Prepara con seriedad las reuniones de tu unidad pastoral. Lee los materiales, piensa en los contenidos, responde los cuestionarios.
7. Quizá tú puedas pensar alguna acción que sea importante y a la vez sencilla para avivar la vida de fe y para alentar tu ministerio en relación a tu oración apostólica, a tus visitas a los más débiles, a tu manera de celebrar, a tu meditación de la Palabra de Dios...Piénsalo, hazte un plan y no dejes de realizarlo.

Termino con los consejos que le dio un cura amigo mío a un sacerdote joven recién ordenado y después con un texto del papa Pablo VI, el papa que también durante su pontificado convocó un Año de la fe (en 1967). Este cura amigo mío de una diócesis andaluza le dio estos consejos a un sacerdote recién ordenado:

“Te han metido en la cabeza tantas eclesiologías que has de distinguir las voces de los ecos y saber buscar en tu ministerio la fuente de la genuina espiritualidad sacerdotal. Los déficits de la formación has de suplirlos con una serena y realista formación permanente que, en oración y diálogo, nunca debes abandonar. Busca el consejo oportuno en la fraternidad sacerdotal y aléjate del vicio clerical de la envidia, el chismorreo de sacristía, el carrerismo, la sórdida ganancia. Renueva tu entrega en pobreza, en el amor no exclusivo y en obediencia creativa y fiel.

Si algún día te sientes débil, tienes un termómetro para conocer tu estado de salud espiritual. Es el que marca la entrega a los más pobres, tu pasión por los últimos. Sigue madurando humanamente. Nos quieren personas íntegras. No abandones la oración. Buscan en nosotros referencias espirituales. Sigue estudiando para dar razón de la fe y no dejes de comprometerte con los últimos en la caridad pastoral”³⁰

³⁰ Cfr. *Vida Nueva*, nº 2.761, 07/07/2011, carta del director Juan Rubio a un joven sacerdote.

Pablo VI decía que los sacerdotes tenían que escuchar al trabajador fatigado, a la crítica del pensador, al lamento del que sufre, a la sonrisa del niño, al abrazo de los que se quieren y al consejo del anciano para seguir bogando mar adentro en el amor de Dios. Con sus palabras termino:

“Ojalá que el mundo actual-que busca a veces con angustia, a veces con esperanza-pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”³¹

Que, siguiendo estas palabras de Pablo VI, nos animemos en este Año de la Fe a transmitir la fe desde una nueva evangelización y así anunciemos al Dios de Jesucristo en quien vivimos, nos movemos y existimos.

³¹PABLO VI.: *Evangelii nuntiandi* (1975) 80.